



WILMER CABRERA

wilmer.criollocabrera.9017@gmail.com



CAPITULO I AL FONDO DEL ABISMO

En el viaje de la realidad encuentro caminos desiertos como los agujeros del alma, son roñosos y no tiene fin, pero a lo largo de mi existencia, veo que se extiende un camino áspero como la piel de un lagarto, y es la vida misma.

Espero a mi compañero de viaje, sintiendo varios soles de presencia sobre mi espalda, y lo veo llegar solitario, sin equipaje, con una maleta vacía bajo el brazo, me dice:

- Hey! amigo, la vida es corta, empecemos el viaje.

Yo respondo: Hermano, el viaje ya va a la mitad.

Será mejor ponernos en marcha.

Y pienso: el desierto es nuestro limite, o ¿acaso nuestro comienzo? Y ni siquiera pensamos en el destino. Solamente se trata del transitar con los pies que se desvanecen en la arena, como en el inicio de la incertidumbre de Morfeo, o casi como si se tratara de un adiós.

No sabemos si soñaremos o existiremos. Solamente caminamos entre desiertos de sombras y arenas. Desapareciendo entre los fantasmas de lo que fuimos y alguna vez deseamos ser. Siendo uno mismo, y dejando de ser todos a la vez.

Después de horas de camino, sentimos el calor de la marea de fuego que nos envuelve. Y el polvo de las arenas que antes eran movedizas nos encierran en una incertidumbre que jamás será superada, pues nos estuvo esperando desde antes de haber nacido.

Ahora, y en este punto nos preguntamos. ¿Acaso somos alucinaciones del otro? ¿O simples fantasmas de la piel de los lagartos que murieron en el camino? El desértico camino que no tiene fin. El infinito de espigas y seres sin transitar, el otro que no fue habitado, el que me mira mientras escribo, y el que predijo mi existencia.

Amigo dame una mano, que me ahogo en las arenas movedizas de este desierto, mientras te veo sonreír. ¡Maldito!

¿Será una anticipación de mi realidad suprema? O simplemente el resplandor de la existencia que me negué durante más de treinta años.



Amigo, rescátame de las entrañas de esta realidad tan absorbente y llévame a un lugar donde la vida sea solamente un pasado en el que fui feliz.

Responde mi compañero que revela su nombre:

Me llamo Roma, y soy tu compañero de viaje. ¡Cuando termine de pronunciar mi nombre, tú te habrás hundido para siempre en esas arenas que te consumen!

Entonces, me hundo en lo más profundo de mis propios abismos, y no temo, porque es el paraíso de los que jamás vivimos.

La realidad para mí no fue más que una obra de teatro que viví desde lo más profundo de mis angustias y del dolor, mi máscara fue una sonrisa, y mi espada una fiesta de otras épocas.

- Roma: Perdón por todo lo vivido, o más bien por lo que dejé de vivir, ahora no soy más que el despojo de lo que anhelas.

- Respondo: ¡no existe pasado si antes no hubo un ser que haya sufrido, amado o lo que es lo mismo, vivido la realidad! Tú solamente eres el fruto de la experiencia y el comportamiento de tus antepasados.

¡Regocíjate en tu existencia, y elige!

Es momento de decidir, ¿qué camino tomarás?

Los valientes escogen el camino de la redención. Y es momento de que tomes el espejo a tu lado y te observes hasta lo más profundo de tu existir. Mira los abismos, y llénate de gozo, de honor, y de lealtad hacia ti. No temas, yo estoy aquí, sé que eres Roma. Y crees que las ruinas son lo más bello de tu existir, pero reinventaremos el espejo y veremos la realidad.

Roma: estás equivocado, no soy más que el deseo no descubierto de mi pasado, soy la autopista de los que transitan sin mirar antes de cruzar, el último trago del desenamorado y el desapego del que nunca nació. Déjame perecer.



CAPITULO II EL REENCUENTRO Y LA REVELACIÓN

Ha pasado el tiempo Roma, y el sentido de las estaciones me anunciaron tu regreso, ¿dime hacia donde apunta tu caída?

- Roma: mira debajo del alma que gotea lentamente, mira como la sombra no deja de precipitarse, escucha más allá de tus propios pasos, y siente el reencuentro más allá de la voz que te arrulla mientras duermes, y mira hacia abajo, muy por debajo de todo lo conocido y de lo que alguna vez nos será revelado.

Observo lentamente y respondo: alardea tu alma, eres la ruina que jamás dejó de precipitarse, y más allá del suelo no queda nada.

- Roma: no miento, es cierto lo que digo, serás el primero en adentrarte en el misterio de estas ruinas, despeja la arena vieja del desierto acumulada en las manecillas del reloj, y siente mi vuelo sobre tu pecho, siéntelo caer como un halcón disparado adentro de ti, siente como sobrevuelo tus temores, y se estremecen las palabras que jamás me pronunciaste por temor a que te juzgara. Siente las mareas del fuego que me habita asomarse por las ventanas de mis ojos, y el nacimiento de un nuevo ser, el enigma de los que jamás nacieron por fin será revelado, es el amor, amigo mío, el amor la respuesta.

Escucho atento, y después afirmo: tu inocencia me conmueve mi querido amigo. Un alma que se doblega para apreciar las formas de una rosa jamás será capaz de cruzar la oscuridad, la densidad de algunas penumbras sobrepasa la fuerza de las brazadas de los que se enamoran con facilidad, y para atravesar al otro lado debes ser fiero como un león, la belleza que está del otro lado jamás será reflejada a un temeroso caminante, hasta en el reflejo de los espejos te será negado.

Roma: yo crucé el río Nilo, y vi del otro lado lo que jamás te será revelado, ni en cien vidas entenderás lo que pretendes ocultar ante mis ojos. ¿Alguna vez te has detenido en medio de la noche, y has sentido el palpitar de la tierra bajo las plantas delicadas de tus pies? Es este fuego que hace temblar la tierra, el que desea escapar de mí, la marea de mis pasiones en las que los náufragos vienen a perecer.

¡Vamos, navega sobre mí, navega, arriésgate! Deja caer tu cuerpo sobre mí, y siente la fuerza de lo que te atrae a mí, y que hoy has venido a buscar, como una promesa que desde tierras lejanas quieres encontrar en el canto de los abandonados en esta extensa columna de barro en la que se ha convertido mi cuerpo.

¡Nada de pretensiones! Te digo solamente que es el pasado turbio el que te rodea y se posa sobre tu hombro como un ave que siente que ha vuelto a su nido, como el curso del río que viene a morir al mar, y en la tristeza de su cauce se escucha el canto de la soledad.



Pero sé que tienes miedo, tiembles de miedo cuando escuchas mi voz, sientes que algo se rompe lentamente adentro de ti cuando me ves cruzar por la puerta, y si poso mis manos sobre tus hombros tus latidos galopan salvajemente por las sendas de tus venas. Y no sabes si ese sendero te libera o te somete, simplemente deseas que deje de ser transitado. Deseas que los pasos no conduzcan a ningún destino, ignorando que ese sin destino siempre has sido tú.

Roma: ¿y quién eres acaso, extraña presencia que me habita desde hace siglos?

¿Aún no lo adivinas? Hahahaha.

¡Soy yo, la dueña de los senderos que recorren tu alma en búsqueda de la presencia perdida!

¡Soy Beatriz!

La misma que siempre te habitó, la que jamás te abandonó, la que se empoza como el agua antigua del mar en las hendiduras de tu alma rota y se asoma al puerto de tu mirada, y desde la otra orilla observa tu lejano corazón, para ver al niño que siempre fuiste, y no dejas de ser. Soy la que te canta en los atardeceres en los que los pájaros caen muertos a tus pies, la que embriaga mariposas en las manos, y señala ese cielo que jamás a dejado de caer. 3

Siempre fui yo, siempre he sido y seré, soy la guerra que tus contemporáneos no pudieron vencer, y mientras me lees los labios sientes como una punzada se adentra en tus costillas, yo te revelo que es mi afilada mano la que se posa en tu corazón, como una daga que apunta cerca pero que no se atreve a dar el zarpazo final. Porque te amo. Y lejos del amor te anhela. No es distinto del renacer que siente quien se aleja del veneno para dormir lentamente en las praderas de la noche, sin saber siquiera que le depara el amanecer. Quizás la tierra lejana sea tu destino, o quizás lo sean mis manos, eso no lo sabrás hasta que des el paso que anticipaste hace siglos dar.

Roma: ahora sé quién eres, te reconozco de mi vida pasada, eres mis días, mis sueños y la luz de la luna que no me deja de cantar, eres esa embriaguez que navega lentamente por todo mi cuerpo, eres el camino que me lleva a la nada, visitando los pacíficos paisajes de mis antepasados, soñando con las formas que un día me habitaron por dentro, las mismas se desvanecen hasta escurrirse como arena entre tus manos. He de confesar que esperaba tu reencuentro, como una posada vieja que sirve de refugio para las estaciones que peregrinan por mis afiebradas sienes, pero la verdad es que nunca nadie se quedó conmigo, todos fueron pasajeros en el viaje de los corceles que galopan sin destino, solamente danzan, apresurando su paso, subiendo las montañas hasta perderse en el sol de la tarde, alejándose por completo de mí.



Eres la ausencia que me rompe el corazón, la niña perdida que jamás supe amar, eres las manos que me pesan por que un día logré sentir ese cuerpo tuyo que es ahora esta vasija vacía que sostengo entre mis manos, me asomo para ver el fondo, pero no tiene fin, y es en ese infinito que la lluvia no cesa de llorar, que mis recuerdos se agolpan a un costado de la tarde, y escucho la música de estas nostálgicas melodías que jamás pudieron ser interpretadas sin sollozar.

Eres la luz que se esconde en lo más recóndito de la palabra, y que con cada frase que te escribo se atormenta en tu mirada. ¿Y piensas que tengo miedo? Ay amor mío! Debes saber que el miedo es la carretera que nunca me llevó a nada, la carga de silencios infinitos que nunca dejaron de brotar de mis labios, es la oscuridad de la mirada de esos seres que jamás dejaron de ser sombras, sombras a mi alrededor, que transitaban lento por las calles vacías de mi infancia, y que esos son los fantasmas solitarios nunca me intimidaron.

¡No sabes lo que es temer de verdad! Pinta con tus manos el retrato del ayer que te habita desde la lejanía, y verás como lo que llamas jamás, está sucediendo ahora, y lo que me revelas como un secreto, es la vida misma que a ambos nos es revelada día a día desde que nacimos. Así que no trates de impresionarme bella Beatriz, yo nací con el primer canto de la luna que mecía en la cuna a los príncipes antiguos, los verdaderos dueños de la tierra y el sol, vi el amanecer en las lejanías de una tierra sin nombre y el caer de las estrellas en los desiertos como una tormenta que no deja de rugir.

Beatriz: ahora que conoces mi nombre, y sabes quién soy, dices que no me temes, y sabrás también lo que te habita, como un pozo de agua turbia que se aclara cuando me acerco, mis pasos se dirigen hacia ti con la firmeza de los guerreros que un día murieron por salvar a tus antepasados.

Mira la montaña que se encuentra frente a ti, mira la cima. y dime: ¿qué observas?

Roma: más allá de las nubes, se extiende una noche negra que oscurece la cima.

¡Beatriz: exacto! Mas allá de la cima, extendiéndose a lo largo del costado de esta noche negra, me encuentro yo. Solo quienes han cruzado los montes oscuros que me habitan, y nadado en las densas aguas de mi mirada, sabrán llegar a la cima.

Pero no temas, no te pediré que asciendas, pues siento que tu corazón se balancea como un péndulo roto, que se estrella sin control en los bordes de la caja estrecha que es tu pecho. Y temo que la valentía no ha sido revelada a todos los hombres, solo ha sido traducida a la lengua de algunos pocos, a los que les sobran las razones acerca de lo que se puede sacrificar, pronunciando mi nombre las veces que sean necesarias, sonriendo mientras caminan al filo del abismo. Ese abismo del que deseas huir.



Roma: ¡te equivocas! Tu belleza ha enceguecido a todos los nacidos en esta época, pero mi fuerza no reside en adorarte, sino en la extensión de las luchas pasadas que marcaron este camino que transitaba desde antes de existir.

Deja de mecer la cuna de mi existencia, pues no te corresponde, mi nacimiento es de los astros, de los que ven más allá de la oscuridad de la noche, de los eclipses que un día predijeron mi llegada. Esa luna que llevas en el ombligo fue mi partera, y cada paso que das, lo conozco, y lejos de temer, me paro firme ante tus pies, listo para dar la vuelta y escalar la montaña.

4

III CAPÍTULO

Hemos avanzado mi querido amigo, ahora explora los cristales rotos de mi alma, y asómate hasta lo más profundo de esta existencia que se arrastraba por los largos caminos de los inicios del tiempo, como buscando un designio, una palabra, con tu nombre, el mío, el de todos los que amé un día, pero no está, solo existe el adiós, de otra época, del que nunca volverá.

Roma: ¿qué buscas?

Busco la dicha de los que jamás dejaron de soñar, el sentido de la belleza que se agita en la caja de este pecho, que como un ataúd guarda para siempre el amor que no pudo ser.

Roma: el sinsentido del amor, es el mismo que te ha sumergido, en la incertidumbre de este camino que sigues transitando, y no existe despedida más dulce que la que elegiste, y hoy me has elegido amigo mío.

Levanta la mirada, y empieza a galopar, siente las brisas recorrer los más recónditos rincones de tu corazón, sintiendo la danza de los cinco soles en la cintura de aquella mujer que se acerca, ella es el desierto, es la luz que nunca se apaga, el destino de los que se extraviaron desde su infancia, aquí está y no conoce tu nombre, solamente es el designio, lo que trajo a ella.

No temas, mi querido amigo, yo comprendo tus ruinas, y te digo que en lo más profundo de las aguas de esta noche oscura que te atraviesa el pecho, habitan mundos extraordinarios, galaxias de todas las dimensiones, que hoy se escurren por entre tus ojos, serán lágrimas, ¿o acaso, es el universo el que quiere fluir como ríos desde tus mejillas?



- Mi llanto es por ti Roma, es porque siento como se escurre tu belleza entre mis manos, como la arena del desierto que nunca más volveremos a ser, porque eres el peregrino de este cuerpo, que antes era nuestro, y ahora es solo mío, porque jamás logré ver ese sol, que me prometiste, y al que ahora debo renunciar para abrazar mi condición de hombre, creí que éramos dioses, y me encuentro con las formas más claras, de un ser humano, el que siente como la lluvia de un día gris le empapa el pecho atormentado por lo que pudo ser, sin consciencia de lo que ya no será, y de la fuerza de la renuncia a este día. Solamente la noche me habita, y siento como poco a poco, mi corazón late por ti, como una danza de estrellas adentro del pecho que no quiere terminar, pero que sabe que la muerte, algún día llegará. Eres mi esperanza, y mi dicha, la luz en mi camino, y la oscuridad de mis temores, eres todas las aves que un día surcaron el cielo mágico de nuestros ancestros, y ahora ese algo que apenas sé descifrar, eres mi destino.

Roma: soy más que destino, soy el llanto de tus ojos, la luna adentro de tus pupilas, y el surgimiento de un nuevo ser, el nacimiento de todos los hombres, tu propio nacimiento, y la piel que nunca dejarás de acariciar. ¡No temas! Solamente entra en estas aguas frías de mi cuerpo, y déjate navegar, toma el camino más seguro, el camino más claro, el que es como el día soleado en una infancia mientras jugabas moviendo con tus manos los astros, ese es el camino, el camino hacia mi corazón.

- Ya no temo, solamente me sumerjo, y veo como se esfuma toda mi historia en ti, ahora solamente resta dejar partir.

¿Pero cómo hacerlo?

Roma: ¿cómo hacerlo? Si cuando nos vemos es como si el universo entero se fundiera en esta mirada, que es tuya o mía. Que es nuestra. Solamente continua el camino, y deja que las lágrimas enturbien tu pecho, jamás algo tan bello fue revelado ante mis ojos, eres tú, siempre lo fuiste, esa tristeza que nunca se vio tan clara como ahora, como una cumbre clara al final de la montaña, como el refugio para el peregrino del mundo que nunca encontró consuelo, como el descanso sobre mi pecho después de una larga vida. Así será el final. No temas, entrégate, y siente las corrientes de la vida fluir por tu cuerpo, abandonando toda fuerza que se resista a continuar por este sendero, el sendero del más allá.